

A black and white photograph of a hand holding a single leaf, set against a background of many autumn leaves in shades of red and orange. The hand is positioned in the center, with fingers gently gripping the leaf. The background is a dense field of similar leaves, creating a textured, layered effect. The overall color palette is dominated by the warm tones of autumn foliage.

Roja & Negra

Karin Fossum

Presagios

“Un debut genial de lleno de suspense, tensión, engaños y encanto.”

Lee Child

Presagios

El verano llega a su fin en una pequeña localidad rural de Noruega. Sus habitantes, acostumbrados a la tranquilidad de sus urbanizaciones rodeadas de bosques y lagos, no están preparados para lo que se avecina. Pequeños y terribles malentendidos comienzan a sucederse: llamadas de hospitales anunciando accidentes que no han ocurrido, periódicos que publican esquelas de ancianos que siguen vivos... presagios de que algo terrible está a punto de ocurrir. El mismo día que comienza todo, el inspector de policía Sejer recibe una extraña nota: «El infierno empieza ahora». Él y su compañero, el detective Jacob Skarre, se ponen manos a la obra para descubrir quién está detrás de tanta confusión. Probablemente ni siquiera el artífice de todo ello sea capaz de prever la marea de violencia que está a punto de desbordarse, porque, ¿quién sabe de qué es capaz la gente cuando ha perdido la sensación de seguridad? En *Presagios*, Karin Fossum consigue un retrato fascinante de una pequeña comunidad que se tambalea al borde del precipicio.

Presagios

Karin Fossum

Traducción de Kirsti Baggethun
y Asunción Lorenzo

Roja & Negra

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *Varsleren*

Primera edición: enero de 2011

© 2009, Cappelen Damm AS

© 2011, de la presente edición en castellano para todo el mundo:
Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2011, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-2343-1

Depósito legal: B-41.768-2010

Compuesto en Fotocomposición 2000, S. A.

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Ctra. BV 2241, km 7,4

08791 Sant Llorenç d'Hortons

GM 2 3 4 3 1

Es bueno que la mentira exista: Dios nos ampare si todo lo que se dice fuera verdad.

Viejo refrán

El bebé estaba durmiendo en un cochecito detrás de la casa.

El cochecito era de la marca Brio, y el bebé era una niña de ocho meses. Estaba tapada con una mantita de ganchillo y en la cabeza llevaba un gorro también de ganchillo, atado por debajo de la barbilla. El cochecito reposaba a la sombra de un arce, y detrás del árbol se elevaba el bosque como una pared oscura. Su madre se encontraba en la cocina. No podía ver el coche desde la ventana, pero no se sentía nada intranquila por la niña dormida.

Realizaba satisfecha sus quehaceres, se movía ligera como una bailarina, y en su corazón no cabía preocupación alguna. Tenía todo aquello con lo que sueñan las mujeres. Belleza, salud y amor. Un marido, una hija, una casa y un jardín con rododendros y exuberantes flores. Tenía el mundo a sus pies.

Miró un instante las tres fotografías de la pared de la cocina. Una era de ella misma, tomada debajo del arce, ataviada con un vestido de flores. Otra era de su marido, Karsten, en el porche delante de la casa. Y la última era de ella y de su marido muy juntos en el sofá con el bebé entre ambos. La niña había recibido el nombre de Margrete. El trío colgado de la pared le levantaba el ánimo. Uno más uno son, por increíble que parezca, tres, pensó, como un milagro. Ahora veía el milagro por todas partes. En el sol que entraba por la ventana, y en las finas cortinas blancas que temblaban con la corriente.

Estaba ante la encimera amasando enérgicamente. Notaba la masa lisa y tibia entre las manos. Iba a hacer un pastel y a rellenarlo de pollo y níscalos, mientras Margrete dormía bajo el arce con el gorrito en la cabeza. También ella estaba lisa y tibia debajo de

la manta. El pequeño corazón bombeaba una modesta cantidad de sangre por su cuerpo, y la sangre coloreaba sus mejillas de rosa. Oía a una mezcla de leche agria y jabón. Era su abuela materna francesa la que había hecho a ganchillo la manta y el gorro.

Dormía profundamente con las manos abiertas, como solo duermen los bebés.

La madre extendía la masa del pastel sobre el mármol. Su cuerpo se mecía cuando movía el rodillo, y la falda ondeaba sobre sus piernas, como una danza ante la encimera.

El verano ya estaba avanzado y hacía calor, ella iba descalza. Colocó la masa en un molde, pinchó el fondo con un tenedor y recortó los bordes que sobresalían. Luego puso el pollo ya asado sobre el mármol. Pobres bichos, pensó, arrancándole los muslos. Le gustaba ese sonido crujiente del cartílago al romperse. La carne era clara y tierna, se desprendía fácilmente de los huesos, y ella cedió ante la tentación de meterse un trozo en la boca. Delicioso, pensó, en su punto en cuanto a especias, y además la carne era magra. Llenó el molde hasta arriba y puso queso cheddar por encima. Miró la hora. No estaba preocupada por el bebé. Sabía que si la pequeña estornudaba, ella la oiría inmediatamente. Si tosía, tenía hipo, o se ponía a llorar, ella, su madre, lo sabría enseguida. Porque entre ellas había un lazo más fuerte que un cable de amarre. La mínima sacudida le llegaría como una vibración.

Tengo a Margrete en la cabeza, pensó, en la sangre y en los dedos.

Tengo a Margrete en el corazón.

Si alguien intenta hacerle daño, lo notaré, pensaba, mientras seguía tranquilamente con sus quehaceres. Pero por la parte de atrás de la casa salió alguien. Apartó la manta y ella, la madre, no notó nada.

El pastel se estaba dorando.

El queso se había fundido y hervía como lava. Miró por la ventana y vio a Karsten, su marido, que justo en ese instante estaba

aparcando su CT-V rojo delante de la casa. Había puesto la mesa con una vajilla antigua y elegante, y en cada copa había colocado una servilleta blanca en forma de abanico. Encendió las velas, retrocedió un paso, ladeó la cabeza y contempló el resultado. Esperaba que su marido notara que se había esforzado, que se esforzaba constantemente. Se alisó la falda y se tocó un instante el pelo con la mano. Otras parejas pueden discutir, pensó, otras parejas pueden divorciarse, pero a nosotros eso no nos pasará, porque nosotros sabemos más. Hemos entendido que el amor es una planta que necesita cuidados. Algunos repetían hasta la saciedad la tontería esa de que el amor es ciego. Pero ella nunca había sabido tanto como sabía ahora, nunca había tenido el entendimiento que tenía ahora. Nunca había visto las cosas con tanta claridad, nunca había tenido un conjunto de valores tan sin concesiones. Se metió a toda prisa en el baño y se pasó un cepillo por el pelo. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Se debía a la emoción por saber que había llegado su marido, al calor del horno y al del sol bajo de julio que entraba por las ventanas. Cuando él entró en la cocina, allí estaba ella con una botella de agua mineral con gas en la mano y un elegante ángulo de cadera. Él traía un montón de correo, periódicos y algunos sobres con ventanilla. Los dejó sobre la encimera. Luego se acercó al horno, se arrodilló y miró por el cristal.

—Qué buena pinta —dijo—. ¿Ya está listo?

—Sí —contestó ella—. Margrete está dormida en el cochecito. Lleva bastante tiempo durmiendo. Supongo que deberíamos despertarla, o no va a dormir esta noche.

Cambió de idea y miró de reojo a su marido a través de sus tupidas pestañas negras.

—O mejor esperamos hasta después de comer, y así tenemos paz y tranquilidad. Pollo y niscalos. —Lo tentó, señalando hacia la puerta del horno.

Se puso las manoplas y sacó el pastel del horno. Luego lo colocó sobre una rejilla.

Estaba ardiendo.

—La niña nos perdonará —dijo el marido.

Su voz era profunda y áspera. El hombre se levantó, rodeó con los brazos la cintura de su mujer y la elevó por los aires. Los dos se rieron, porque ella llevaba manoplas, y él tenía esa mirada que a ella tanto le gustaba, esa mirada provocadora que era incapaz de resistir. La llevó al salón, y camino del sofá pasaron por la mesa del comedor.

—Karsten —susurró ella. Pero fue una protesta débil. Se sentía como una masa blanda entre sus manos, se sentía amasada, extendida y pinchada.

—Lily —susurró él, imitando el tono de ella.

Cayeron sobre el sofá.

Del bebé debajo del árbol no llegaba sonido alguno.

Luego comieron en silencio.

Él no hizo ningún comentario sobre la comida ni sobre la mesa, de cómo estaba puesta y adornada, pero miraba constantemente a su mujer con aprobación. Lily, decían sus ojos, cuántas cosas sabes hacer... Sus ojos eran verdes, grandes y claros. Ella intentó no comer demasiado, pues estaba delgada y quería seguir estándolo. Karsten también estaba delgado, con los muslos duros como rocas. Tenía el pelo castaño y muy poblado, demasiado largo a la altura de la nuca, lo que le daba un aspecto algo descarado que a ella le volvía loca. A Lily le costaba creer que su marido alguna vez fuera a engordar y a perder la figura y luego el pelo, como les pasaba a muchos hombres al acercarse a los cuarenta. Ella veía que eso les pasaba a otros, pero no iba con ellos. Nada podría estropear lo que ellos compartían, ni la ley de la gravedad, ni el paso del tiempo.

—¿Recoges tú la mesa, y yo voy a por Margrete? —dijo ella cuando habían acabado de comer.

Él se puso enseguida a recoger platos y vasos.

Era rápido, con movimientos algo bruscos; la porcelana tintineaba entre sus manos, y ella contuvo la respiración, pues la vaji-

lla era una herencia de la bisabuela francesa de Margrete. Lily fue a la entrada y se calzó. Abrió la puerta y notó el calor del sol, a la vez que una suave brisa, y todos los olores de la hierba y del bosque. Dobló la esquina y se acercó al arce.

De repente un terrible sentimiento la sobrecogió.

Había excluido a la pequeña de su conciencia.

Para remediarlo, apretó el paso. El cochecito tenía algo raro, pensó, estaba en el sitio donde lo había dejado, pegado al tronco del arce, pero la manta estaba hecha un gurrullo. La niña se la habrá quitado con los pies; estos pequeños seres se mueven tanto, pensó, mientras luchaba contra el miedo. Porque en ese instante vio la sangre. Cuando apartó la manta se quedó lívida de miedo. La niña estaba empapada en sangre. Lily se desplomó en la hierba y se quedó pataleando en el suelo, incapaz de levantarse. Quería vomitar, notó que algo agrio le subía por la garganta, y dio un terrible grito.

Karsten llegó a todo correr por la esquina. La vio tumbada en el suelo, y vio la sangre, brillante y casi negra. En dos zancadas llegó al cochecito, cogió a la niña y se la puso contra el pecho, gritando a Lily que sacara el coche del garaje.

—¡Rápido, Lily! —gritó—. ¡Rápido!

Ella solo podía gemir. Él gritó más alto. Bramó como un animal salvaje, y sus bramidos la hicieron por fin reaccionar. Consiguió levantarse y corrió hacia el garaje, se acordó de que necesitaba las llaves, entró en la casa y las encontró en un rincón de la entrada. Luego se puso al volante. Mientras salía marcha atrás, Karsten abrió la puerta del coche violentamente y se metió dentro con la niña en brazos. Tocaba el cuerpo de la pequeña, buscando debajo de la ropa.

—Creo que está sangrando por la boca —jadeó—. ¡No lo entiendo, no soy capaz de parar la sangre! ¿No puedes ir más deprisa? ¡Ve más deprisa, Lily!

Luego ninguno de los dos sabía decir el tiempo que les costó llegar al Hospital Central. Karsten tenía un vago recuerdo de ha-

ber corrido por la recepción y empujado las puertas de cristal. Una desbocada carrera por los pasillos con la niña sangrando en los brazos, en busca de ayuda. Lily no se acordaba de nada. La Tierra daba vueltas tan deprisa que se mareaba. Corría detrás de Karsten por los pasillos, corría como lo hace una liebre cuando huye del cazador, aunque sabe que no tiene escapatoria.

Por fin los pararon dos enfermeras. Una de ellas cogió a Margrete y desapareció por una puerta.

—¡Quédense aquí! —gritó.

Era una orden.

Y desapareció.

La puerta tenía unos pequeños cuadrados de cristal rugoso que impedía ver al otro lado. Al final del pasillo había unos sillones. Se sentaron. No había nada que decir. Tras unos minutos, Karsten se acercó al surtidor de agua que había debajo de la ventana. Tiró de los vasos de cartón, cogió uno, lo llenó y se lo ofreció a Lily. Ella lo rechazó gritando y gesticulando, y el vaso cayó al suelo.

—Pero si se la oía —intentó decir él—. Tú la oíste. Margrete respiraba, Lily, estoy seguro.

Dio una vuelta por la habitación.

—¡Lograrán detener la hemorragia! —gritó—. Le harán una transfusión de sangre. Nos hemos dado mucha prisa.

Lily no contestó. Un chico con un brazo en cabestrillo daba vueltas por el pasillo mirando con una curiosidad desmedida el drama que se estaba desarrollando a solo unos metros de él.

—¿Por qué no vuelven? —susurró Lily—. ¿Qué están haciendo?

Era como si estuviera dentro de un tambor.

El tambor rodaba a toda velocidad. Aquello no era la vida, ni tampoco la muerte. Luego los dos hablarían de esos minutos como de un verdadero infierno, un infierno que se acabó de repente cuando una enfermera salió por la puerta de cristal con Margrete en brazos. La niña estaba envuelta en una manta blanca. Para su asombro, Karsten vio que la pequeña movía las manos energicamente.

—Está completamente ilesa —dijo la enfermera.

Karsten cogió a la niña. Sintió el pequeño cuerpo, estaba caliente.

Karsten se puso a desenvolver la manta con manos nerviosas. Margrete llevaba un pañal de papel; por lo demás, estaba desnuda bajo la manta.

—Está completamente ilesa —repitió la enfermera—. La sangre no era suya. Hemos llamado a la policía.

Karsten y Lily Sundelin fueron acompañados hasta otra sala, donde podrían esperar sin ser molestados. Lily quería irse a casa. No tenía ganas de hablar con nadie, quería volver a casa y meterse en un rincón del dormitorio. Quería sentarse en la cama de matrimonio junto a su marido y su hija y no volver a salir de allí nunca más. La niña jamás volvería a dormir bajo el arce sin vigilancia. Nunca más la excluiría ni un instante de sus pensamientos.

Pero tenían que esperar.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó ella, preocupada—. Estoy muy nerviosa.

Karsten Sundelin miró a su mujer sin entender. Al contrario que Lily, que estaba llena de temor, él estaba sobre todo enfurecido. La amabilidad y comprensión que hasta entonces había sentido hacia otras personas desapareció de golpe, dejándolo jadeante y a punto de estallar. En el fondo nunca había sentido mucha simpatía por la policía, aunque no había tenido ninguna relación con ella. En su esquema mental eran personas simples y vulgares que andaban por ahí con botas negras de cordones y unas ridículas gorras en la cabeza. Le recordaban a esos fornidos trabajadores manuales que llevaban un montón de herramientas colgando del cinturón. Eran jóvenes sin estudios que poco sabían de los matices de la vida. De los detalles, pensó Karsten Sundelin; algo que convierte este delito contra Margrete y contra nosotros en algo muy grave. No lo entenderán. Lo considerarán una gamberrada. Y si el culpable es un cabroncete adolescente, se librárá con una amonestación

porque ha tenido una vida difícil, pobrecito. Pero yo les contaré algunas verdades, pensó, bebiéndose ruidosamente el amargo café que la enfermera le había servido.

Lily apretaba a la niña contra su pecho con tanta ternura que hasta temblaba. Observó los cuadros de la pared. Eran fotografías artísticas. Una de unos nenúfares en tonos pastel flotando en un charco, y otra del macizo central noruego con montañas azuleando. Sobre una mesa había varias revistas de salud. Trataban de lo que había que evitar, de lo que se debía comer y beber, o no comer y no beber, y de qué tipo de vida se debía llevar si uno quería vivir muchos años.

Karsten no paraba de dar vueltas por la habitación, estaba muy impaciente, como un toro bravo. La comisaría se encontraba a unos minutos de distancia, pero evidentemente había una inercia en el sistema que hacía que todo se demorara mucho.

—Primero tendrán que redactar un informe —dijo Karsten con un sarcasmo cansino en la voz, mientras se colocaba frente a Lily con las piernas separadas y los brazos en jarras.

—Lo redactarán después, ¿no? —preguntó Lily.

Ella acariciaba la mejilla del bebé. Margrete dormía profundamente, ajena a todo aquel jaleo.

Por fin llegaron dos hombres por el pasillo. Ninguno de ellos llevaba uniforme. Uno era alto y canoso, seguramente de cincuenta y bastantes años, el otro era más joven y con el pelo rizado. Se presentaron como Sejer y Skarre. Sejer echó un vistazo a la niña dormida. Luego sonrió a Lily.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó.

—No volverá a dormir en el jardín —contestó Lily.

Sejer asintió.

—Lo entiendo —dijo—. Poco a poco todo se irá normalizando.

Skarre sacó un pequeño cuaderno del bolsillo y buscó una silla. Parecía joven, despierto y diligente, pensó Lily, como si estuviera constantemente al acecho.

—Nuestra obligación es preguntar y husmear —dijo.

—Pues sí, eso espero —dijo Karsten Sundelin—. Porque los que estén detrás de esto lo pagarán caro. Aunque tenga que ocuparme personalmente de ello.

Esta declaración hizo que Skarre levantara la vista y el inspector jefe, Sejer, alzara una ceja. Karsten Sundelin era alto y bien formado, con manos fuertes, y el genio se le notaba en la mirada y en la voz vibrante. La joven madre estaba encogida en el sillón, cerrada al mundo. Al cabo de un segundo, Skarre tenía claro el reparto de poderes entre los cónyuges. Fuerza bruta contra vulnerabilidad femenina.

—¿Ha estado casada antes? —preguntó amablemente, mirando a Lily Sundelin.

Ella lo miró sorprendida. Luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Algún novio? ¿Convivió con alguien?

Ella se mostró ligeramente incómoda.

—Bueno, algún que otro novio sí he tenido —admitió—, pero también tengo criterio.

Seguro que sí, pensó Skarre, pero la vida nos depara sorpresas.

—¿Y usted? —preguntó, dirigiéndose al marido—. ¿Podríamos encontrar algo en una relación anterior? Estoy pensando en celos, por ejemplo. O sed de venganza.

—Estuve casado antes —dijo Karsten, circunspecto.

—Entiendo.

Skarre hizo una anotación. Luego volvió a levantar su mirada azul.

—¿Se separaron ustedes como amigos?

—Murió —contestó Karsten—. De cáncer.

Skarre recibió la información con serenidad. Se tocó los rizos con una mano, creando cierto caos en ellos.

—¿Alguno de los dos ha tenido algún conflicto con alguien? —preguntó—. Recientemente, o hace más tiempo.

Karsten Sundelin se colocó junto a la pared, como si quisiera a toda costa jugar con ventaja. Igual que el inspector Sejer, era im-

presionantemente alto y ancho de hombros. Bajó la mirada y observó a Lily y Margrete, de las que se sentía responsable. Algo le subió por el cuerpo, algo que jamás había sentido. Le gustó la sensación, le gustó la embriaguez. Supongo que habrá sido un niño-to de mierda, pensó. Pobre de él cuando lo coja.

—Nosotros no nos peleamos nunca con nadie —dijo en voz alta.

Algunos llegan rápidamente al punto de ebullición, pensó Skarre.

Sejer fue a buscar una silla y se sentó al lado de Lily. Parecía amable, y a Lily le gustaba. Daba la impresión de ser una persona íntegra y segura de sí misma, pero no de un modo desagradable: inspiraba confianza, como un modo de decir que él se ocuparía de todo.

—¿Dónde viven ustedes? —preguntó.

—En Bjerketun —respondió ella—. En la urbanización.

—¿Conocen a los vecinos?

—Los conocemos bien —contestó Lily—. Hablamos con ellos todos los días. También conocemos a sus hijos. Juegan en la calle. Los mayores pasean a Margrete en el cochecito por delante de nuestra casa, para que yo pueda verlos desde la ventana.

Sejer asintió con un gesto. Levantó la mano, se inclinó sobre Margrete y le acarició la mejilla con un dedo.

—Yo también tuve un bebé como este —dijo, dirigiendo a Lily una mirada especial—. Hace muchos años, porque crecen. Pero no crea usted que me he olvidado ni un instante de cómo era.

A Lily se le arrasaron los ojos de lágrimas. Le gustaba la voz profunda de aquel hombre, su seriedad y su comprensión. Se dio cuenta de que también los policías eran seres humanos que tenían problemas y penas, como todo el mundo. Que también a ellos les ocurrían cosas, y que tenían que actuar y quedarse en lugares de donde otros se retiraban asustados.

—Cuando llegue a casa —dijo Sejer—, quiero que lo anote todo. Esta noche, cuando la niña esté dormida y ustedes dos se hayan tranquilizado, siéntese y anote todo lo que se le ocurra. A partir del

día de hoy. Desde que se levantó, todo lo que hizo y lo que pensó. Si alguien pasó por delante de su casa en coche, si alguien llamó por teléfono, alguien que tal vez colgó cuando usted contestó. Si recibió correo o si alguien pasó andando despacio por delante de la casa. O si de alguna manera se ha sentido observada. Si se acuerda de algo sucedido hace mucho tiempo, una disputa o algún conflicto. Apúntelo todo. Iremos a verlos, porque tenemos que examinar la parte de atrás de su casa. La persona en cuestión puede haber dejado algo, y en ese caso tenemos que buscarlo urgentemente.

Sejer se levantó, y lo mismo hizo Skarre.

—¿Cómo se llama la pequeña? —preguntó.

—Margrete —contestó Lily—. Margrete Sundelin.

Sejer los miró a los dos. A Lily debajo de los nenúfares y a Karsten debajo de las montañas. Y a aquel bultito en pañales.

—Esto es algo que consideramos muy grave —dijo—, porque es una acción de muy mal gusto. Pero permítanme recordarles algo: Margrete no sabe nada.

Más tarde ese mismo día, cuando Sejer y Skarre estaban ya de vuelta en la comisaría, se pusieron inmediatamente a hacerse una composición de lugar del delito. Porque estaba claro que se trataba de un delito, algo mucho peor que una broma cruel. Era descarado, calculado y perverso, y no se parecía a nada de lo que habían visto hasta entonces. Los rumores sobre el bebé encontrado bañado en sangre se propagaron como fuego por los pasillos. Por fin llegaron al jefe de la sección, Holthemann, que entró ruidosamente en el despacho de Sejer con su bastón en la mano derecha, dando airados golpes para mostrar su repulsa. Por qué había empezado a usar bastón era un misterio para todos los que trabajaban en la comisaría. Un alma benévola le había preguntado en una ocasión si se trataba de algo duradero, es decir, si necesitaría el bastón para el resto de su vida. Llevaré este bastón a cuestas mientras

sea necesario, gruñó, y si necesito apoyo para el resto de mi vida, no creo que haya nada malo en ello, ¿no?

—Pero ¿qué le han hecho a esa criatura? —se quejó—. ¿No pueden limitarse a robar coches o atracar un banco? Eso es comprensible. ¿Y los padres? —preguntó a continuación—. ¿Son personas de recursos, o se trata de gente que va a venir a darnos la lata a todas horas?

—El padre es fuerte, está indignado y enfurecido —dijo Sejer—. La madre es asustadiza como un corzo.

—Habrá sido algún conocido —dijo Holthemann, dando golpes con el bastón—. Hay muchos líos entre la gente. Acoso y otras miserias. Terror y omisiones. Tal vez encontréis algo en su pasado. Algo que han olvidado, o cuyo significado no entienden.

Retiró una silla con la que arañó el suelo. Luego se dejó caer pesadamente sobre ella. No cabía duda de que el hombre tenía una vena dramática, e iba por buen camino. El suceso no tenía ninguna gracia. El bebé del cochecito daría que hablar durante mucho tiempo.

—¿Tienes algo de beber en esa nevera? —preguntó, señalando con el bastón.

Sejer sacó una botella de agua mineral. Skarre se apresuró a imprimir un mapa que luego colgó en una pizarra. Hizo algunas marcas con un rotulador. Habían ido a echar un vistazo a casa de los Sundelin, y habían reparado en algunos detalles. Bjerketun era una urbanización de principios de los noventa, con casas bonitas y bien conservadas. La mayor parte de ellas tenía jardín y garaje doble, y una espaciosa terraza delantera. La urbanización se encontraba a cuatro kilómetros del centro urbano de Bjerkås, y constaba de sesenta casas; algunas de las que lindaban con el bosque habían sido ampliadas. Lily y Karsten Sundelin no habían ampliado la suya, pues preferían mantener un espacio abierto en la parte de atrás, pensando que Margrete jugaría allí cuando creciera. Tal vez chapoteara en una piscina, saltara en una cama elástica, o se tumbara en una manta a leer. Detrás de la casa de los Sundelin había un tupido bosquecillo, y al otro lado de ese bosquecillo había otra

urbanización más grande llamada Campo de Askeland. Constaba de setenta y cuatro casas. Era una urbanización más vieja; las casas se habían construido en la década de los sesenta, y parecían grandes y descoloridas incubadoras. El Ayuntamiento disponía de una tercera parte de ellas para usuarios de Asuntos Sociales, lo que llevaba a una inevitable y creciente decadencia.

Sejer estudió el mapa y siguió con el dedo índice la carretera nacional desde Bjerkås, donde vivían unas cinco mil personas, primero hasta Bjerketun, y a continuación de Bjerketun a Askeland.

—Habría resultado muy obvio si el tipo hubiera venido desde aquí —dijo, señalando la urbanización Askeland—. Puede haber seguido un sendero a través del bosquecillo. Con un recipiente de sangre escondido bajo la chaqueta. Una botella, o una bolsa, no sé qué habrá inventado o dónde lo habrá conseguido. Puede que estuviera escondido detrás de un árbol vigilando el cochecito. Luego regresaría por el mismo sitio. Supongo que el laboratorio averiguará lo de la sangre, si se puede comprar en la carnicería, o dónde. En cualquier caso creo que estamos hablando de un adulto, alguien que pueda documentar para qué va a usarla. Esperemos que no haya sacrificado a ningún ser vivo para llevar a cabo su plan. Un perro, o un gato. ¿Tú qué crees?

Skarre estaba muy pensativo estudiando el mapa. Los que lo conocían sabían que su padre había sido pastor de la Iglesia y que la educación que había recibido se ajustaba a la profesión del hombre: justa, sólida y sumamente exigente. Y sin embargo había conservado un rasgo añorado y juguetón que atraía a todo el mundo, y en particular a las mujeres. Skarre no estaba casado ni tenía hijos, al menos conocidos. Pero había visto de cerca a Margrete Sundelin, con sus mejillas redondas. La había visto dar saltos sobre las rodillas de su madre, como un bacalao recién pescado.

Había notado el olor a leche y jabón.

—Esto ha sido minuciosamente planeado —dijo—. El tipo ha estado vigilando la casa y ha tomado buena nota de las rutinas. Sabía en qué momento del día solía dormir Margrete, y tal vez lo sepa desde

hace mucho. Tal vez estuviera escondido detrás de un árbol cuando Lily salió, y tal vez disfrutara viendo su reacción. ¿Sabes? –dijo furibundo Skarre al inspector–. Esto es pura maldad. No tengo palabras.

Sejer, que tenía hija y nieto, estaba totalmente de acuerdo.

–Tal vez tengas razón, Holthemann –dijo, dirigiéndose al jefe–. Puede que el matrimonio Sundelin haya ofendido a alguien sin saberlo. Son personas agradables y decentes, pero todo el mundo comete errores. Karsten Sundelin es un hombre terco e intransigente, enseguida me di cuenta. Pero también puede ser que nos encontremos ante una persona alienada. Una mujer que haya perdido a su hijo en circunstancias dramáticas. O algo por el estilo. Alguien que haya visto a Lily Sundelin pasear a Margrete en el cochecito. Ya sabes, felicidad de madre. Puede tratarse de un alma maltratada que decide vengarse, y que lo hace de una manera totalmente arbitraria. El que ha sido maltratado y acosado suele maltratar y acosar a su vez. Esa es una psicología maldita, pero muy conocida. Puede ser muy duro contemplar la felicidad de los demás.

–De acuerdo –dijo Skarre–. Venganza. O celos. Necesidad de llamar la atención. O enfermedad mental. O maldad pura y dura.

–Al menos es metódico –dijo Sejer–. No actúa por impulso, sino que cuida la puesta en escena. ¡Y qué escena! Nunca he visto nada parecido.

El jefe de la sección había permanecido en silencio, escuchando. –¡Averígualo! –ordenó.

Dio las gracias y desapareció por la puerta. Oyeron su bastón golpear el suelo del pasillo, una figura triste al borde de la jubilación.

Skarre dejó por fin el mapa. Abrió un termo de café, llenó una taza hasta arriba y dio varios sorbos ávidos. Luego se acercó a la ventana y miró abajo, a la plaza que había delante de la comisaría. Un grupo de personas se había congregado junto a la entrada principal, zumbando como avispa.

–La prensa está esperando –informó–. Esto es una golosina para ellos. ¿Qué vas a decirles?

Sejer se lo pensó.

—Que mantenemos abiertas todas las posibilidades. Y que vamos a ser tan metódicos como el malhechor. Espero poder librarme con tres o cuatro frases —añadió—. Luego haré un gesto cortés con la cabeza y volveré a entrar. Ahora lo mejor es ser un poco reservado. Si no, todo se nos va a ir de las manos.

—Preguntarán si estamos esperando más ataques —dijo Skarre—. De la misma clase. ¿Qué vas a contestar a eso?

—Sin comentarios —respondió Sejer.

—¿Y qué vas a contar aquí dentro? —preguntó Skarre—. Me refiero a sobre quién ha sido y qué le ocurre a ese tipo.

—A lo mejor debería callarme en lugar de estar haciendo especulaciones. No sirve de nada —contestó Sejer.

—Yo por ahora no me limito a ninguna idea fija, pero tú debes aprovechar toda tu experiencia e intuición —dijo Skarre—. Y esa gran cantidad de conocimientos que tienes sobre el ser humano, y que todo el mundo sabe. Conociéndote, seguro que tienes ya el perfil del tío. Siento una gran curiosidad. Yo también tengo algunas ideas sobre quién puede ser, sobre lo que significa todo esto —añadió, levantando las manos—, aunque todavía no he anotado nada —prosiguió con una sonrisa.

—Es un hombre —afirmó Sejer, dejándose caer sobre una silla.

—¿Por qué un hombre? —preguntó Skarre.

—Es lo más probable —contestó Sejer.

Se remangó y se rascó el codo. Sufría de soriasis, que empeoraba cuando se implicaba mucho en algún asunto, o cuando hacía mucho calor, como era el caso. El final del verano estaba siendo muy caluroso.

—Hay muchas cosas que indican que es como sigue —añadió Sejer—. Se trata de un hombre de entre diecisiete y setenta años. Es una persona abandonada e ignorada. Es taciturno y retraído, pero puede que se haya hecho notar torpemente en algunas ocasiones. Intenta que los demás lo respeten, pero no lo consiguen. Es creativo, está amargado y se siente humillado. Tiene un trabajo fácil y unos ingresos relativamente bajos, o está en paro o de baja por

enfermedad. No tiene ningún amigo íntimo. Es inteligente e intuitivo, pero emocionalmente muy inmaduro. No bebe ni consume drogas. No le interesan mucho las chicas. Vive modestamente, tal vez en una habitación alquilada o en un pequeño piso, o bien con su madre. Y puede que tenga algún animal enjaulado.

—¿Cómo? —exclamó Skarre, incrédulo—. ¿Un animal enjaulado?

—Bueno, esto último era una broma —dijo Sejer con una sonrisa—. Suponía que te darías cuenta. Pensaba en una rata o algo por el estilo. Me has pedido que aprovechara mis capacidades —se defendió—. Por eso he recurrido a mi imaginación.

Se acercó a la ventana y miró el montón de periodistas que se había congregado delante de la entrada.

—Parecen tener un hambre voraz —dijo—. ¿Les echamos un poco de pan seco?

Skarre se colocó a su lado. También él miró al montón de periodistas que se movían por todas partes con grandes micrófonos peludos. Le recordaban a niños pequeños, cada uno con una gigantesca piruleta.

—No me extraña que acudan —dijo—. Este asunto lo tiene todo. Drama. Originalidad. Y sorpresa.

—Tal vez lo estemos haciendo todo mal —dijo Sejer—. Tal vez la sociedad adopte una postura completamente estúpida ante la delincuencia. Los periódicos dan mucho protagonismo a casos como este, y el causante consigue lo que busca. Tal vez sería mejor ignorarlo, echar tierra sobre el asunto, silenciar a todos los criminales hasta que se callen.

—Pero ¿qué hará si lo ignoramos? —preguntó Skarre—. También ese es un factor que debemos tener en cuenta. Si pretende llamar la atención y no ve ninguna reacción, se volverá más peligroso y se pondrá aún más furioso. Hay algo explosivo en todo esto. Estamos hablando de un bebé. Una monería que huele a leche y jabón y que solo pesa unos siete u ocho kilos.

—Puede que tengas razón —dijo Sejer—. Necesita público. Pero lo importante es que procuremos mantener el equilibrio. Lo pre-

sentaré como una persona con sentimientos para que se crea comprendido. ¿No te parece? Ese tipo no debe sentirse ofendido.

El inspector dio la espalda a la ventana y se sentó un instante junto a su escritorio. Era un hombre tímido y no le seducía la idea de tener que salir y exponerse al espacio abierto, al sol, al calor y a la curiosidad de periodistas tremendistas. Pero su puesto de inspector jefe implicaba la obligación de actuar como la imagen de la comisaría de cara al exterior, de informar y dar parte, a su manera reposada.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Skarre en voz baja y tono confidencial.

—A decir verdad, en este momento estoy pensando en mi nieto —confesó Sejer—. Matteus, ya sabes. Estudia en la escuela de ballet de la Ópera. Acaban de enterarse de que uno de los alumnos podrá actuar en la sala principal. En la primavera, en abril.

—¿Y van a hacerle una prueba? —preguntó Skarre.

—Exactamente —contestó Sejer—. El diez de octubre hará una prueba para el papel de Sigfrido. De *El lago de los cisnes*, creo.

—El príncipe —apuntó Skarre.

—Sí —contestó Sejer—. Se juega mucho. Está obsesionado con conseguir ese papel. Pero hay muchos muy buenos.

Se quedó mirando fijamente el vade que tenía sobre la mesa, un mapamundi. A su nieto de dieciocho años, hijo de su hija, lo habían adoptado en Somalia, y Sejer puso el dedo índice en ese país, reproducido en amarillo en el mapa. Matteus tenía cuatro años al llegar a Noruega. Ahora era un bailarín de gran talento de la escuela de ballet de la Ópera, con un físico impresionante y unos durísimos músculos color café.

—¿Crees que querrán elegir un príncipe negro? —preguntó de repente, un poco preocupado—. Me parece que hay ciertos papeles que jamás se ven en versión negra.

—Ponme un ejemplo —le pidió Skarre.

—Robin Hood —contestó Sejer—. Peter Pan.

—Te preocupan los prejuicios de la gente. Pero eres tú quien los tiene.

Sejer miró a su colega más joven como queriendo pedir perdón.

—Se trata de una preocupación de muchos años que nunca me abandona. No ha sido siempre tan fácil. En el transcurso de estos años, Matteus se ha pasado mucho tiempo solo en el patio de recreo; ha habido momentos muy duros. Y ahora *El lago de los cisnes* —prosiguió—. Y luego el príncipe. Serán muchos disputándose el papel. Bueno, el tiempo lo dirá. No voy a darte más la lata con este tema.

Se dispuso a salir al encuentro con la prensa. Se enderezó y se miró el nudo de la corbata. Estaba tenso y liso.

—Estás pensando en todas esas chicas-cisne —bromeó Skarre—. Con plumas y tules. Y tienes miedo de que Matteus destaque. Pero incluso los cisnes aparecen en versión negra, ¿sabes?

—¿De verdad? —dijo el inspector.

—Junto a la catedral de Palma hay un lago con cisnes negros —explicó Skarre—. Evidentemente, son mucho más elegantes que los blancos. Además, son más raros —añadió.

Sejer salió al sol, a encontrarse con los periodistas.

La conversación con Skarre lo había puesto de mejor humor.

Esa misma tarde estaba sentado frente al televisor en un cómodo sillón junto a la ventana, con un cojín a la espalda.

Su perro, un shar-pei chino al que llamaba Frank y que era, como suelen ser los chinos, digno, inaccesible y paciente, se había tumbado junto a sus pies. Frank tenía unas orejas minúsculas y cerradas, razón por la que oía bastante mal. Con su arrugada piel gris parecía una gamuza. Muy adentro de todas esas arrugas estaban los ojos, negros y penetrantes, pero con una vista algo reducida. El asunto del bebé de Bjerketun ocupaba mucho espacio en el televisor. Será lo dramático y lo descarado lo que tanto atrae, pensó Sejer. La gente se queda espantada. Y eso será lo que él pretende.

Estuvo mucho tiempo sentado frente al televisor. Primero se vio a sí mismo en las noticias del canal TV Noruega. Luego en las

del canal estatal a las siete, y más tarde en el resumen de noticias de la noche a las once. De canal en canal iba repitiendo las mismas palabras.

Esto es algo que nos tomamos muy en serio.

Su nombre, y el título, «inspector», aparecían en el extremo inferior izquierdo de la pantalla. Observó su intervención con una mezcla de sentimientos. Vio que los años habían dejado sus huellas, estaba más canoso, con las facciones más marcadas, y algo más flaco. Los pómulos y la mandíbula sobresalían claramente, y los ojos de color pizarra estaban más hundidos. Pensó sin querer en la muerte. En que la muerte crecía desde dentro, ocupándose lentamente de todos sus rasgos.

Aquí vengo yo. La Muerte.

Se inclinó y acarició la cabeza de Frank. Apartó los pensamientos siniestros. Luego pensó en su nieto, Matteus, el bailarín. Parpadearon en su interior oníricas imágenes de *El lago de los cisnes* que alguna vez había visto en la televisión. Las menudas bailarinas con plumas en la cabeza dando ligeros saltos por el suelo, la música nostálgica. Un Sigfrido negro. Bueno, pensó. Si es lo suficientemente bueno, le darán el papel. Así es como funciona. Hay justicia en el mundo, al menos en nuestra parte del mundo, porque tenemos recursos, y la justicia cuesta dinero. Algunos reciben lo que se merecen. Unos cuantos años en la cárcel si su delito es muy grave. O el papel de príncipe en *El lago de los cisnes* en la Ópera si son unos bailarines excepcionales. Su nieto Matteus lo era. Al menos Sejer tenía entendido que era excepcionalmente bueno. Negro, fuerte y exótico, lleno de empuje y tremendamente capaz. Permaneció sentado en el sillón descansando un rato. La cabeza apoyada en el respaldo, las manos sobre los reposabrazos. Sus pensamientos se centraron en el bebé Margrete Sundelin. Alguien lo planificó todo minuciosamente, pensó, y en solo unos segundos creó una situación de terror para los padres. Una sacudida que sentirían en el fondo de su alma, y que recordarían el resto de su vida. Pero ¿por qué Margrete? ¿Por qué la pareja Sundelin?

A medianoche se levantó del sillón y apagó todas las luces. Dejó a oscuras el salón, luego el comedor, la cocina y el baño. Permaneció unos instantes de pie en medio del piso contemplando el contorno de los pesados muebles de roble. Heredados de sus padres. Eran como pacientes amigos que siempre habían estado allí. De vez en cuando, solo en la oscuridad de su propia casa, jugaba a un pequeño juego que nadie conocía excepto él. Jugaba a que su mujer, Elise, estaba sentada en el alto sillón junto a la ventana, susurrando: Vete a dormir, enseguida voy yo. Pero hacía mucho tiempo que ella no se sentaba en ese sillón. Elise murió de cáncer, él se quedó viudo joven, y su vida no fue lo que él había pensado. Tardó mucho tiempo en encontrar otra senda, otro camino en la vida. Pero eso le pasa a mucha gente, pensó. Su perro Frank lo acompañó de habitación en habitación. Era lento y juicioso como el propio Sejer, con una elegante inaccesibilidad muy propia de él. Cuando todo el piso se quedó a oscuras, caminó hasta el dormitorio con sus piernas algo cortas y se tumbó en la alfombra junto a la cama, donde permanecería toda la noche vigilando a su amo, alerta como solo puede estarlo un perro chino de pelea. Sejer se quedó escuchando en la oscuridad. Le pareció oír un zumbido lejano. Podría ser el ascensor, pensó, pero era muy tarde, y no había mucho tráfico en el edificio a esas horas, alrededor de medianoche. Luego se acordó de que Elna, la vecina de enfrente, trabajaba muchas veces de noche. Era limpiadora en el Muelle de Aker y sus jornadas eran largas y duras. Entró en el dormitorio y empezó a desabrocharse la camisa blanca por el cuello. En ese momento alguien llamó a la puerta. Frank se levantó al instante, fue hasta la entrada de un salto y se colocó delante de la puerta, donde enseguida se puso a gañir, metido en su papel de guardia fronterizo. Sejer pensó inmediatamente en su hija Ingrid y en Matteus, en si les había pasado algo y lo necesitaban. Pero habrían llamado por teléfono. Vaciló un par de segundos, pero ni se le ocurrió pensar en no abrir, pues alguien quería hablar con él, y él quería prestar su ayuda, esa era su forma de ser. No había na-

die fuera. Solo el pasillo vacío con paredes grises de piedra, una caja de emergencias con un hacha dentro, y la barandilla de hierro forjado. Oyó que el ascensor estaba bajando y siguió la luz naranja con la mirada. Entonces descubrió algo sobre el felpudo. Era un pequeño sobre gris. Lo cogió y volvió a entrar en la casa, corrió hasta la ventana del salón y se puso a esperar. Al cabo de aproximadamente un minuto vio a una persona cruzar el aparcamiento corriendo. Joven, pensó, y muy rápido. Definitivamente, un hombre. De complexión delgada. Menos de cuarenta años, probablemente menos de treinta. La figura desapareció por el sendero y se la tragó la oscuridad. Sejer estaba convencido de que ese hombre que corría era el que había dejado el mensaje sobre su felpudo. Fue a la cocina y encendió la luz. Examinó el sobre. Era de papel reciclado, C 5, sin nombre. Abrió el cajón de la cocina, cogió un cuchillo afilado y rasgó el sobre. Dentro había una postal con la foto de un animal. Un animal negruzco con un rabo grande y desaliñado. Sostuvo la postal con mucho cuidado. Le dio la vuelta y leyó en el reverso: «Animales noruegos de presa. Glotón. Fotógrafo: Gøran Jansson».

A continuación leyó el breve mensaje.

El infierno empieza ya.

Miró a su perro Frank, que le había seguido como una sombra.

—Un glotón —dijo—. No está mal.

Apagó la luz de la cocina. El perro volvió sigilosamente al dormitorio y se tumbó junto a la cama. Sejer dejó la postal apoyada en la lámpara de la mesilla de noche.

Se quedó despierto un buen rato, mirando fijamente al glotón. Mi cara en la pantalla, pensó, en tres canales.

Mi nombre abajo a la izquierda.

No ha sido difícil encontrarme.

Estoy en la guía telefónica.

Por fin apagó la luz. Pensó en la niña Margrete y en todo lo que había sucedido, y que tal vez sucedería.

El infierno empieza ya.